

A photograph of a man performing a handstand against a bright blue sky filled with white, fluffy clouds. The man is shirtless and wearing a black tank top. His body is inverted, with his head pointing downwards and his arms extended outwards to the sides, supporting his weight on his hands. The lighting is bright, suggesting a sunny day.

D A N M I L L M A N

EL GUERRERO
PACÍFICO

Sirio



Título original: WAY OF THE PEACEFUL WARRIOR

Traducido del inglés por David García Valverde

Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

© de la edición original

1980, 1984 Dan Millman

H. J. Kramer Inc.

P.O. Box 1082, Tiburon

CA 94920 USA

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.

C/ Rosa de los Vientos, 64

Pol. Ind. El Viso

29006-Málaga

España

www.editorialsirio.com

sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-19105-44-8

Puedes seguirnos en [Facebook](#), [Twitter](#), [YouTube](#) e [Instagram](#).

Si este libro te ha interesado y deseas que te mantengamos informado de nuestras publicaciones, puedes suscribirte a nuestro boletín de noticias en www.editorialsirio.com/newsletter

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Al guerrero pacífico absoluto, del que Sócrates no es más que un reflejo centelleante,
a aquel que tiene muchos nombres y ninguno, y que es la Fuente de todos nosotros.*

Contenido

CUBIERTA

CRÉDITOS

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

LA GASOLINERA DEL ARCO IRIS

LOS VIENTOS DEL CAMBIO

OLEADAS DE MAGIA

EL VELO DE LA ILUSIÓN

LIBERACIÓN

EL ENTRENAMIENTO DEL GUERRERO

EL SABLE ESTÁ AFILADO

EL CAMINO HACIA LA MONTAÑA

UN PLACER MÁS ALLÁ DE LA MENTE

FELIZ SIN MOTIVO

LA BÚSQUEDA FINAL

LA PUERTA SE ABRE

EPÍLOGO

SOBRE EL AUTOR

PRÓLOGO

Llevado recientemente a la pantalla grande y transcurridos ya más de veinticinco años desde que fuera editado por primera vez, *El guerrero pacífico* se ha convertido en todo un clásico de la literatura de superación personal. Dan Millman nos enseña en esta obra que lo importante no es la excelencia en las técnicas para dominar el cuerpo o la mente, sino el amor, que abre todas las puertas y que nos libera de las actitudes rígidas que nos condicionan al miedo y la tensión.

Todos los medios terapéuticos utilizados en la actualidad, desde la psicología humanista o transpersonal hasta los métodos de equilibrio físico, emocional, mental y espiritual, tienen como finalidad enseñar a quienes lo deseen a vivir libres de la tiranía del ego y a ser capaces de no identificarse con ese ser social creado por la educación y las circunstancias externas.

El guerrero pacífico ilustra ese aprendizaje de manera agradable y con frecuencia humorística. Muestra cómo cada uno de nosotros puede triunfar en su vida interior, es decir, no considerarse como una víctima de los acontecimientos, sino comprender que somos los artífices de nuestra felicidad o de nuestra desgracia. En definitiva, el mundo que nos rodea no es otra cosa que el reflejo de nuestros estados de conciencia. En el camino del desarrollo, en el que vamos de descubrimiento en descubrimiento a fin de vivir de una manera cada vez más armoniosa con nosotros mismos y con el mundo, este encuentro con Dan Millman puede ser un momento precioso. Su aventura constituye un ejemplo notable, para llegar a ser un guerrero pacífico capaz de afrontar las realidades comunes, y también las menos comunes, con valor, determinación y serenidad. En este libro, que podemos situar a mitad de camino entre Richard Bach y Castañeda, un Sócrates de los tiempos modernos, extraordinario e inolvidable, se nos abren las puertas de la sabiduría. Recordemos en esta ocasión la máxima del Sócrates de la antigüedad:

«Conócete a ti mismo y conocerás el mundo». Esta máxima ha sido y es, en todas las épocas de la historia, el mejor medio para quien quiera desarrollar su salud, su bienestar y su alegría de vivir».

INTRODUCCIÓN

Todo comenzó en el mes de diciembre de 1966, que supuso el inicio de una serie extraordinaria de sucesos en mi vida. Me encontraba en tercero de carrera en la Universidad de California, en Berkeley. Un día, a las tres y veinte de la mañana, en una gasolinera abierta durante toda la noche, conocí a Sócrates (no me dijo su verdadero nombre, pero tras haber pasado un momento con él aquella noche, le llamé instintivamente como el antiguo sabio griego: el nombre le gustó y se quedó con él). Ese encuentro fortuito, junto con las aventuras que siguieron, iban a cambiar mi vida.

Los años que precedieron a 1966 habían sido felices para mí. Educado por unos padres llenos de amor en un medio equilibrado, había ganado el Campeonato del Mundo de Trampolín, viajado por Europa y recibido ya grandes honores. La vida me había dado numerosas recompensas, pero no paz ni satisfacción duraderas.

Hoy me doy cuenta de ello. Pasé de alguna forma todos esos años durmiendo, soñando que estaba despierto hasta mi encuentro con Sócrates, que se convirtió en mi mentor y en mi amigo. Antes había creído que una vida de calidad, de alegría y de sabiduría constituía mi herencia natural de ser humano y que se me concedería automáticamente con el paso del tiempo. Nunca había sospechado que tendría que aprender cómo vivir, que necesitaría dominar algunas disciplinas y maneras de ver el mundo antes de despertarme a una vida sencilla y feliz.

Sócrates me mostró mis errores comparando mi camino con el suyo, el camino del guerrero pacífico. Siempre se reía de mi existencia seria y problemática, para llevarme a ver con sus propios ojos, a través de su mirada de sabiduría, de compasión y de humor. Y perseveró hasta el día en que comprendí lo que significaba vivir como un guerrero.

A menudo me quedaba con él hasta altas horas de la madrugada, escuchándole, discutiendo y terminando por reírme con él muy a mi pesar. Aunque esta historia está sacada de mi aventura, no por ello deja de ser una novela. El hombre al que llamo Sócrates ha existido realmente. Pero tenía una manera tal de perderse en el mundo que a veces me resulta difícil decir cuándo y dónde se eclipsaba para dejar sitio a otros maestros y a otras experiencias. He tomado algunas libertades en los diálogos,

así como en algunas secuencias. También he sembrado la historia de anécdotas y de metáforas para subrayar las lecciones que Sócrates deseaba verme transmitir.

La vida no es un asunto individual. Una historia y sus lecciones no tienen utilidad si no son compartidas. Por lo tanto, decidí honrar a mi maestro compartiendo contigo, lector, su sabiduría y su humor penetrante.

Guerreros, nos llamamos guerreros. Combatimos por la alta virtud, por las grandes causas, por la sabiduría suprema, y por eso nos llamamos guerreros.

LA GASOLINERA DEL ARCO IRIS

«La vida empieza ahora», pensé al decir adiós a mi padre y a mi madre a través del cristal de mi viejo coche blanco, lleno a rebosar de todas las cosas que había preparado para mi primer curso en la universidad. Me sentía fuerte, independiente y dispuesto a todo.

Canté a voz en grito, más fuerte que la radio, mientras me dirigía hacia el norte por la autopista de Los Ángeles. Después pasé por encima de Grapevine para desembocar en la carretera 99, que me condujo a través de las llanuras, con cultivos verdegueantes, hasta el pie de las montañas de San Gabriel.

Justo antes de la caída de la noche, durante el descenso sinuoso de las colinas de Oakland, vi resplandecer la bahía de San Francisco. Mi exaltación aumentó al acercarme al campus de Berkeley.

Después de encontrar mi dormitorio, deshice mi equipaje y eché un vistazo por la ventana al puente Golden Gate y a las luces de San Francisco que centelleaban en la oscuridad.

Cinco minutos después, deambulaba por Telegraph Avenue, contemplando los escaparates, respirando el aire fresco de la California del norte, saboreando los olores que emanaban de los pequeños cafés. Todo me encantaba de tal forma que paseé hasta pasada la media noche por los bellos senderos del campus.

A la mañana siguiente, me dirigí inmediatamente, después de desayunar, al gimnasio Harmon, donde iba a entrenarme seis días a la semana, a razón de cuatro horas de ejercicios musculares y de saltos mortales diarios, para realizar mi sueño de convertirme en un campeón.

Al cabo de dos días ya estaba ahogado en una marea de personas, de papeles y de horarios de clase. Pronto pasaron los meses, al ritmo de las estaciones de la dulce California. Durante las clases sobrevivía; en el gimnasio me distraía. Un amigo me dijo una vez que había nacido para acróbata. Pinta de ello sí tenía ciertamente: disfrutaba de un cuerpo bien formado, con pelo castaño y corto, muy delgado y vivo. Siempre había sentido inclinación por las acrobacias más locas: ya de niño me gustaba rozar los límites del miedo. La sala de gimnasia se había convertido en mi santuario; en ella encontraba mi entusiasmo, mis desafíos y mis satisfacciones.

Al final de mis dos primeros años en la universidad, fui a Francia, Inglaterra y Alemania, para representar a la Federación de Gimnasia de los Estados Unidos. Gané el Campeonato del Mundo de Trampolín. Mis trofeos de gimnasia se apilaban en un rincón de mi habitación. Mi foto apareció tan a menudo en el Daily Californian que la gente empezó a reconocermé y mi fama creció. Las mujeres me sonreían. Susie, una chica dulce, con el pelo rubio y una sonrisa de dientes perfectos, cada vez me hacía más visitas amorosas. ¡Hasta mis estudios iban bien! Me sentía en la cima del mundo.

Sin embargo, a comienzos del otoño de 1966, algo sombrío e intangible empezó a tomar forma. En aquella época había dejado el dormitorio y vivía solo en un pequeño estudio detrás de la casa del dueño. En ese período, sentí una melancolía creciente, a pesar de todo mi éxito. Después tuve pesadillas. Prácticamente me despertaba todas las noches sobresaltado, inundado de sudor. El sueño era casi siempre el mismo: caminaba por una calle oscura, y distinguía a través de una espesa niebla grandes edificios sin puertas ni ventanas.

Una inmensa forma vestida de negro se acercaba a mí. Sentía, más que veía, un espectro espantoso, un cráneo blanco y reluciente cuyas órbitas negras me miraban fijamente dentro de un silencio de muerte. Un dedo que no era sino un hueso apuntaba en mi dirección; la mano blanca, doblada como una garra, me señalaba. Estaba helado de terror.

Un hombre con el pelo blanco aparecía detrás del espectro encapuchado; su cara era tranquila y sin arrugas, caminaba sin hacer ruido. Yo adivinaba confusamente que era mi única esperanza de salvación. Tenía el poder de salvarme, pero no me veía y yo no podía llamarle.

Burlándose de mi miedo, la Muerte, con la capucha negra, se volvía hacia el hombre de pelo blanco, que le sonreía en sus narices. Yo observaba estupefacto: la Muerte, furiosa, intentaba atraparlo, pero era en vano. Un momento después, el espectro se dirigía hacia mí, pero el anciano lo agarraba y lo arrojaba por los aires.

Bruscamente, la Muerte había desaparecido. El hombre del pelo blanco me miraba, me tendía las manos con un gesto de bienvenida. Yo avanzaba en su dirección, me metía dentro de él, y me fundía en su cuerpo. Bajando los ojos sobre mí mismo, descubrí que llevaba un vestido negro. Levantaba las manos y entonces veía huesos roídos y blanquecinos juntarse para rezar.

En ese momento, me despertaba dando pequeños gritos.

Una noche, a comienzos de diciembre, estaba acostado en mi cama, escuchando cómo silbaba el viento a través de una pequeña hendidura en la ventana de mi

apartamento. Como no podía dormir, me levanté, me puse mis viejos vaqueros, una camiseta, unos tenis y una americana, y salí a la noche. Eran las tres y cinco.

Caminé sin meta, aspirando a grandes bocanadas el aire fresco y húmedo, mirando el cielo estrellado, al acecho de cualquier ruido en las calles silenciosas. El frío me dio hambre y me dirigí hacia una gasolinera que permanecía abierta toda la noche, para comprarme unas galletas y algo de beber. Con las manos en el bolsillo, apreté el paso para pasar los dormitorios y atravesar el campus y, finalmente, llegué a la estación de servicio, oasis de luz fluorescente en un desierto de tiendas, restaurantes, bares y cines cerrados.

Al volver el recodo del garaje contiguo a la gasolinera, estuve a punto de chocar con un hombre sentado en la sombra, con su silla apoyada contra la pared de ladrillos rojos. Sorprendido, me eché hacia atrás. Llevaba una gorra de lana roja, un pantalón de terciopelo gris, calcetines blancos y sandalias japonesas. Su ligero chubasquero parecía mantenerlo bastante caliente, aunque el termómetro de la pared que se encontraba cerca de su cabeza indicaba 3 grados. Sin levantar los ojos, dijo con una voz fuerte, casi musical: «Siento haberle asustado».

—¡No tiene importancia! ¿Tiene bebidas gaseosas?

—Aquí sólo tenemos zumos de fruta.

Se volvió hacia mí y se quitó la gorra con una especie de media sonrisa, descubriendo su pelo blanco. Luego rió a carcajadas. ¡Qué risa! ¡Lo miré otra vez durante un momento y reconocí al anciano de mi sueño! El pelo blanco, la cara lisa, sin arrugas, era un hombre alto y delgado de cincuenta o sesenta años. Se rió otra vez. A pesar de mi confusión, conseguí dirigirme hasta la puerta donde ponía «Oficina» y la abrí. Al mismo tiempo que abría esa puerta, sentí que otra se abría a otra dimensión. Estremeciéndome me derrumbé en un viejo sofá, mientras me preguntaba lo que iba a irrumpir por esa puerta en mi vida bien planificada. A mi miedo se unía una extraña fascinación que no podía explicar. Sentado, respirando con dificultad, intenté volver al mundo normal.

Examiné la oficina. No ofrecía esa impresión de esterilidad y de desorden habituales en una gasolinera. Una manta mexicana antigua, aunque todavía rica en colores, cubría el sofá en el que me encontraba. A mi izquierda, cerca de la entrada, había una caja que contenía, bien colocados, objetos útiles para los viajeros: mapas, fusibles, gafas de sol, etc. Detrás de una pequeña mesa de nogal se encontraba un sillón tapizado en terciopelo color tierra. Un grifo de agua montaba guardia cerca de una puerta con un letrero de «Privado». Junto a mí, otra puerta daba al garaje.

Lo que más me sorprendió fue la atmósfera acogedora de la habitación. Un grueso tapiz amarillo chillón cubría toda su longitud, deteniéndose justo antes del felpudo de

la entrada. Las paredes habían sido pintadas recientemente de blanco y algunos cuadros de paisajes las alegraban. La suavidad del alumbrado me tranquilizó. Era consoladora después de los destellos fluorescentes del exterior. Calor, armonía y seguridad emanaban de esa habitación.

¿Como habría podido yo adivinar las aventuras, la magia, el miedo y la poesía que me esperaban en aquel lugar?

Mi único pensamiento en aquel momento fue: «Una chimenea quedaría perfectamente aquí».

Mi respiración no tardó en calmarse y mi espíritu, sin estar satisfecho, abandonó por lo menos su agitación. El parecido de aquel hombre de pelo blanco con el de mis sueños debía de ser una coincidencia. Me levanté suspirando, subí el cierre de mi americana y volví a salir al frío.

Él no se había movido. Al pasar a su lado, eché un último vistazo a hurtadillas a su cara y me retuvo un resplandor en su mirada. Nunca había visto hasta entonces unos ojos semejantes. Al principio parecían llenos de lágrimas a punto de correr; después esas lágrimas se transformaron en un destello, como si el cielo estrellado se reflejara en ellos. Me sumergí en él cada vez con mayor profundidad hasta que las propias estrellas no eran más que un reflejo de sus ojos. Durante un momento, me olvidé de todo, no veía más que esos ojos, los ojos fijos y curiosos de un niño.

Ignoro el tiempo que permanecí así: unos segundos, unos minutos, quizá más. De repente, supe de nuevo dónde me encontraba. Susurré «buenas noches» y, desconcertado, llegué enseguida a la esquina de la calle.

Me detuve en la acera. Me cosquilleaba la nuca, y me di cuenta de que me observaba. Me volví. No habían transcurrido más de quince segundos y sin embargo de repente le vi de pie en el tejado, con los brazos cruzados, observando el cielo y sus estrellas. Observé con la boca abierta la silla vacía que continuaba todavía apoyada contra la pared; luego volví a levantar los ojos. ¡Era totalmente imposible! No me habría asombrado más si le hubiera visto convertir una calabaza gigante en una carroza tirada por enormes ratones.

Contemplé su silueta esbelta en la paz de la noche; incluso a distancia, imponía. Oí repicar las estrellas como campanas al viento. De pronto giró bruscamente y me miró a los ojos. Se encontraba claramente a veinte metros de mí y sin embargo sentía su aliento en la cara. Me estremecí, pero no de frío. La puerta, aquella en que la realidad se funde con los sueños, se volvía a abrir. Miré al hombre.

—¿Si? —dijo—. ¿Puedo ayudarle? —¡Palabras proféticas!

—Perdóneme, pero....

—Está perdonado —dijo sonriendo. Enrojecí. Esta historia empezaba a irritarme. Estaba jugando conmigo a un juego cuyas reglas yo desconocía.

—Bueno, ¿cómo ha subido al tejado?

—¿Al tejado? —preguntó con aspecto inocente y asombrado.

—Sí. ¿Que ha hecho usted para pasar de la silla al tejado en menos de veinte segundos? Estaba ahí, junto a la pared. Yo me he dado la vuelta, he ido hasta la esquina y usted...

—Sé exactamente lo que he hecho —retumbó su voz—. Es inútil que intente contármelo. Pero hay otra cuestión: ¿sabe lo que usted hacía?

—¡Claro que lo sé! —Comencé a enfadarme; ino era un niño para recibir lecciones así! Pero, como me interesaba muchísimo conocer la astucia de ese anciano, me tranquilicé y le pedí cortésmente—: Por favor, señor, dígame cómo ha subido al tejado.

Se limitó a mirarme a los ojos, en silencio, hasta que sentí un hormigueo en el cuello. Finalmente me respondió:

—He utilizado una escalera. Está detrás.

Luego, ignorándome, miró al cielo de nuevo. Fui rápidamente a la parte trasera. Efectivamente, había una vieja escalera, apoyada miserablemente contra la pared. Pero al menos había metro y medio entre lo alto de la escalera y el borde del tejado, y aun cuando hubiera podido utilizarla —lo cual parecía francamente dudoso— eso no explicaba la velocidad a la que había subido.

En la oscuridad, algo aterrizó en mi hombro. Me volví sorprendido y vi su mano. Había conseguido volver a bajar y ponerse a mi lado en segundos. Entonces pensé en la única solución posible: ¡tenía un hermano gemelo! Seguramente se divertían asustando a inocentes visitantes. Le acusé inmediatamente.

—Bueno, señor, ¿dónde está su hermano gemelo? No soy idiota.

Frunció ligeramente el ceño y estalló en una risa estruendosa. ¡Ah, era eso! Yo tenía razón, lo había desenmascarado. No obstante, su respuesta dio al traste con mi seguridad.

—Si tuviera un gemelo, ¿cree usted que perdería el tiempo aquí? —Se rió de nuevo y se dirigió hacia el garaje, dejándome sin voz. La audacia de ese hombre me superaba.

Me apresuré a atraparlo. Entró en el garaje y comenzó a reparar el carburador de un viejo camión Ford verde.

—Usted me toma realmente por un imbécil, ¿verdad? —le dije con aire más agresivo de lo que hubiera deseado.

—Todos somos imbéciles —respondió—. Pero algunos lo saben y otros no. Usted parece pertenecer a la segunda categoría. ¿Me pasa esa pequeña llave?

Le pasé la dichosa llave y me dispuse a salir. Sin embargo, antes de irme, necesitaba saberlo.

—Por favor, explíqueme cómo subió al tejado tan aprisa. Estoy realmente perplejo.

Me devolvió la llave diciendo:

—El mundo es un enigma; es inútil tratar de comprenderlo. —Me indicó la estantería que estaba detrás de mí—. Necesitaría ahora el martillo y el destornillador, que están justo ahí.

Frustrado, lo observé todavía un poco, intentando hallar un medio de hacerle decir lo que deseaba saber, pero él parecía haberme olvidado. Mientras renunciaba y me dirigía a la puerta, le oí decir:

—No se marche.

No me rogaba; no me daba órdenes tampoco. Se había expresado de una forma neutra. Me volví hacia él: su mirada era dulce.

—¿Por qué no habría de marcharme?

—Puedo serle útil —declaró, retirando el carburador como un cirujano que realiza un trasplante de corazón. Lo depositó con cuidado y se dio la vuelta para darme la cara—. Ya está. —Me dio el carburador—. Desmóntelo y ponga las piezas en agua. Esta ocupación le impedirá pensar en sus preguntas.

Mi frustración se convirtió en risa. Ese viejo bastante irritable era interesante. Decidí mostrarme amable.

—Me llamo Dan —le dije mientras le tendía la mano con una sonrisa hipócrita—. ¿Y usted?

Me puso un destornillador en la mano extendida.

—Mi nombre no tiene ninguna importancia; el suyo tampoco. Lo importante se encuentra más allá de las palabras y de las preguntas. Necesitaré ese destornillador para desmontar el carburador.

—No hay nada más allá de las preguntas —repliqué—. ¿Cómo ha volado hasta ese tejado?

—No he volado, he saltado —fue su respuesta—. No hay nada de mágico en ello, no se emocione. Pero con usted, quizá me haga falta recurrir a la alta magia. Voy a tener que transformar un asno en un ser humano.

—Pero, ¿por quién me toma para decirme tales cosas?

—¡Soy un guerrero! —replicó—. Aparte de eso, soy lo que usted quiera que sea.

—¿Es incapaz de responder a una pregunta directa? —le lancé para vengarme de lo del carburador.

—Hágame una y lo intentaré —añadió con una sonrisa ingenua.

El destornillador se resbaló y me rocé el dedo.

—¡Mierda! —grité mientras me dirigía al lavabo para lavarme la herida. El hombre me tendió un apósito.

—Bien, de acuerdo. Ahí va una pregunta directa. —Me esforcé en utilizar un tono paciente—: ¿Cómo puede usted serme útil?

—Ya le he sido útil —respondió señalando la venda del dedo.

Aquello era ya demasiado.

—Oiga, ya he perdido bastante tiempo. Necesito dormir». Dejé el carburador y me dispuse a salir.

—¿Cómo sabe usted que no duerme desde siempre? ¿Cómo sabe usted que no está durmiendo en este momento? —preguntó con un brillo malicioso en los ojos.

—¡Si usted lo dice! —Me encontraba demasiado cansado para seguir discutiendo—. Una última cosa, al menos. ¿Va a explicarme su reciente hazaña antes de que me vaya?

Avanzó hacia mí y me cogió la mano.

—Mañana, Dan, mañana.

Ante su sonrisa calurosa, todo mi miedo y mi frustración se desvanecieron. Mi mano, mi brazo y luego todo mi cuerpo se pusieron a hormiguar. Y entonces añadió, ahora tuteándome:

—Me he alegrado de volver a verte.

—¿Cómo, volver a verme? —empecé, pero luego me contuve—: Ya lo sé: mañana, mañana.

Los dos estallamos de risa. Me dirigí hacia la puerta, me detuve, me volví y le dije mirándole:

—Adiós... Sócrates.

Él pareció sorprendido y luego se limitó a levantar los hombros. El nombre le gustó, creo yo. Me marché sin añadir nada más.

A la mañana siguiente, no me desperté para mi clase de las ocho y llegué justo al entrenamiento de la tarde.

Después de la carrera de obstáculos, Rick, Sid y yo, así como otros miembros del equipo, nos tendimos en el suelo, respirando y sudando, estirando las piernas, los hombros y la espalda. Yo generalmente permanecía en silencio en ese ritual, pero aquel día, sentí ganas de hablarles de Sócrates. Sin embargo, solamente conseguí decir:

—Anoche conocí a un tipo un poco raro en una gasolinera.

Pero mis amigos se preocupaban más de sus dolores en las piernas que de mis historietas.

Nos calentamos con algunas flexiones abdominales, y después comenzó nuestra serie de acrobacias. Mientras saltaba y me lanzaba al aire —mientras giraba alrededor de la barra fija y hacía tijeras sobre el potro—, me preguntaba sobre las hazañas del hombre al que había llamado «Sócrates».

Estaba un poco molesto, y me dieron ganas de evitarlo, pero quería comprender a cualquier precio a ese enigmático personaje.

Después de la cena, repasé rápidamente las lecciones de historia y de psicología, hice el borrador de un trabajo de inglés y luego salí precipitadamente de mi casa. Eran las once. A medida que me acercaba a la estación de servicio, me asaltaron algunas dudas. ¿Deseaba él volver a verme realmente? ¿Cómo convencerle de que conmigo se las veía con una persona muy inteligente?

Estaba allí, en el hueco de la puerta. Me hizo una reverencia y, con el brazo, me invitó a entrar en su oficina.

—Quítate los zapatos, por favor, es una costumbre mía.

Me senté en el sofá y coloqué los zapatos junto a mí, con el fin de poder hacer una salida rápida si se daba el caso. Todavía no tenía confianza en aquel misterioso personaje.

Fuera se puso a llover. El color y el calor de la oficina ofrecían un agradable contraste a la oscuridad de la noche y a las grandes nubes. Comencé a sentirme a gusto. Reclinándome hacia atrás, dije:

—Sabes, Sócrates, me parece que ya te he visto antes.

—Efectivamente —respondió, abriendo de nuevo en mi espíritu la puerta que une la realidad con los sueños. Yo hice una pausa.

—Esto..., Sócrates, a menudo tengo un sueño en el que apareces tú. —Lo observé atentamente, pero su cara era indescifrable.

Después me sonrió.

—Yo estoy en los sueños de muchas personas; tú también. Háblame de tu sueño.

Se lo conté con el mayor número de detalles. La habitación parecía ensombrecerse a medida que revivía las terribles escenas en mí y mi mundo familiar se difuminaba. Cuando terminé, él me dijo:

—Sí, es un sueño muy bueno.

Quise preguntarle lo que entendía por eso, pero justo en ese momento, la campanilla de la gasolinera sonó varias veces. Él se puso un poncho y salió a la húmeda noche. Lo observé apostándome en la ventana. Era la avalancha del viernes por la noche. La actividad no faltaba, los clientes se sucedían unos a otros. Considerándome estúpido por estar allí parado, salí a ayudarle; pero él no pareció notar mi presencia.

Ante mí se extendía una fila de coches sin fin: rojos, verdes, abigarrados, descapotables y coches deportivos extranjeros. El humor de los conductores presentaba la misma variedad que los automóviles. Solo una persona o dos parecían conocer a Sócrates, pero la mayor parte de la gente lo miraba con curiosidad, como si adivinaran algo extraño o indefinible.

Algunos tenían humor festivo, reían ruidosamente y hacían sonar su radio mientras les servíamos. Sócrates se reía con ellos. Uno o dos clientes, desabridos, hicieron cuestión de honor en mostrarse desagradables; pero Sócrates trataba a todo el mundo con la misma cortesía, como si cada uno fuera su invitado personal.

Después de media noche, los coches fueron disminuyendo. La paz de la noche fresca parecía anormal después de tanto ruido y agitación. Al regresar a la oficina, Sócrates agradeció mi ayuda. ¡Luego se había dado cuenta! No le di importancia, pero estaba contento. Hacía mucho tiempo que no había ayudado a nadie.

Cuando llegamos a la caliente habitación, me acordé de nuestra conversación interrumpida y en cuanto me instalé en el sofá, me puse a hablar:

—Sócrates, tengo preguntas que hacerte.

Él juntó las manos en un gesto de oración y levantó los ojos hacia el techo, como si pidiera la ayuda —o la paciencia divinas.

—¿Cuáles? —suspiró.

—Bueno, me gustaría comprender todavía ese salto al tejado y por qué dijiste: 'Me he alegrado de volverte a verte'. Y quiero saber lo que puedo hacer por ti y cómo tú puedes serme útil a mí. Y también quiero saber tu edad.

—Empecemos por la pregunta más fácil. Tengo noventa y seis años, según tu forma de medir el tiempo. —No tenía noventa y seis años. Quizá cincuenta y seis; sesenta y seis, podría ser; setenta y seis sería posible, aunque sorprendente. Pero inoventa y seis! Estaba mintiendo, ¿por qué? Otra cosa se me escapaba.

—Sócrates, ¿qué quieres decir con 'según tu manera de medir el tiempo'? ¿Procedes del espacio? —bromeé desacertadamente.

—¿No es ese el caso de todo el mundo? —replicó. Ya se me había ocurrido considerar esa posibilidad.

—Todavía estoy esperando a saber qué podemos hacer el uno por el otro.

—Es fácil: yo tomaré de buena gana un último alumno y tú necesitas claramente un maestro.

—Tengo demasiados maestros —dije demasiado deprisa.

—¿Ah, sí? —Hizo una pausa—. Eso depende de lo que tú quieras aprender.

Se levantó ágilmente de su sillón y se dirigió hacia la puerta.

—Ven conmigo. Voy a enseñarte algo —me dijo.

Me llevó hasta la esquina de la gasolinera desde donde podíamos abarcar con la mirada toda la avenida, las luces del barrio comercial y, más allá, las de San Francisco.

—El mundo que ves ahí —declaró extendiendo el brazo hacia el horizonte—, es una escuela, Dan. Solamente la vida puede enseñar. Ofrece muchas experiencias y, si estas trajeran la sabiduría por sí mismas y la plenitud, todas las personas de edad serían maestros iluminados y felices. Sin embargo, las lecciones de las experiencias están ocultas. Yo puedo ayudar y enseñarte, con las experiencias, a ver el mundo con claridad. En este momento necesitas imperiosamente esa claridad. Tu intuición lo sabe, pero tu mente se rebela contra esa verdad; has tenido muchas experiencias, pero has aprendido poco.

Cuando íbamos a volver a la oficina, llegó un brillante Toyota rojo. Sócrates seguía hablando mientras abría el depósito:

—Como la mayor parte de las personas, te han educado para buscar la información fuera de ti mismo, en los libros, en las revistas, en los expertos. — Introdujo el tubo del surtidor en el depósito—. Tú te abres como este coche y dejas entrar los hechos. A veces la información es superior; otras, normal y corriente. Compras el conocimiento en el mercado, lo mismo que la gasolina.

—¡Ah, gracias por recordármelo! ¡Tengo que pagar el próximo trimestre dentro de dos días!

Sócrates se limitó a levantar la cabeza y continuó llenando el depósito.

Cuando estuvo lleno, siguió echando. La gasolina se desbordó y comenzó a correr por el suelo.

—¡Sócrates! ¡El depósito está lleno... Mira lo que estás haciendo!

Ignorando mi llamada, dejó que la gasolina siguiera corriendo y dijo:

—Dan, tú rebasas de ideas preconcebidas, como este depósito; estás lleno de conocimientos inútiles. Mantienes numerosos hechos y opiniones, pero no sabes casi nada de ti mismo. Antes de empezar a aprender, tendrás que vaciar tu depósito. — Sonrió, me hizo un guiño y luego añadió mientras detenía el surtidor—: ¿Querrás limpiar toda esta suciedad?

Yo tenía la impresión de que no hablaba solamente de la gasolina vertida. Me apresuré a lavar el suelo. Él cogió el dinero del conductor, le dio el cambio sonriendo y regresó a su oficina. Entonces me contó una historia:

Un día un profesor de universidad se dirigió hacia las altas montañas del Japón para hablar con un monje zen famoso. Cuando lo encontró, se presentó, enumeró sus diplomas y pidió ser instruido en el zen. «¿Le apetece un poco de té?», preguntó el monje. «Sí, con mucho gusto», respondió el profesor.

El viejo monje empezó a llenar la taza hasta el borde; luego siguió echando. El té reboseó sobre la mesa y luego cayó al suelo. «¡Deténgase!», gritó el profesor. «¿No ve que la taza está ya llena? ¡Ya no puede contener más!». El monje replicó: «Usted está, como esa taza, lleno de conocimientos y de ideas preconcebidas. Para poder aprender, empiece por vaciar la taza».

Sócrates me miró un momento y luego me preguntó:

—¿Quieres un poco de té?

Yo me reí.

—¿Puedo?

Mientras llenaba el hervidor de agua de manantial y lo ponía en la placa eléctrica, Sócrates me repitió:

—Dan, estás lleno de un saber inútil. Posees demasiados conocimientos sobre el mundo y apenas te conoces a ti mismo.

Yo le desafié:

—¿Qué vas a hacer, llenarme con tus conocimientos?

—No, no voy a atiborrarte todavía más; voy a mostrarte la sabiduría del cuerpo. Todo cuanto necesitas se encuentra dentro de ti; los secretos del universo están impresos en las células de tu organismo. Pero tú no has aprendido la visión interior; no sabes leer en el cuerpo. Tu único recurso ha sido leer libros, escuchar a los expertos y esperar que ellos tuvieran razón. Cuando conozcas la sabiduría del cuerpo, serás un maestro entre los maestros.

Me costó trabajo no poner mala cara. ¡Este encargado de gasolinera acusaba a mis profesores de ignorancia e insinuaba que mi educación universitaria no valía nada!

—Naturalmente, Sócrates, entiendo lo que quieres decir con eso de la sabiduría del cuerpo, pero no se donde quieres ir a parar.

Él sacudió la cabeza lentamente.

—Tú entiendes muchas cosas, pero no has realizado prácticamente nada.

—¿Qué significa eso?

—La comprensión no tiene más que una dimensión que se sitúa a la altura del intelecto y lleva al conocimiento, que tú tienes. Por el contrario, la realización tiene tres dimensiones. Es la comprensión simultánea del 'cuerpo entero' —la cabeza, el corazón y los instintos físicos. No viene más que mediante la experiencia clara.

—Sigo sin comprenderte.

—¿Recuerdas tus primeras lecciones de conducir? Antes, solamente eras pasajero, tan solo podías comprender la conducción. Pero únicamente te diste cuenta de lo que realmente era al ponerte al volante por primera vez.